

sagraba todas sus energías al trabajo que le preocupaba. Abandonó aquella Cámara de los Comunes que, á la primera frase de sus discursos, se sumía en profundo silencio, y en los primeros cinco minutos se inundaba de representantes. Observó, sin la más ligera sombra de pena ó de envidia, hombres que jamás se hubiesen aventurado á levantar sus reclamaciones contra él, elevarse, uno después de otro, á las cumbres del Estado. «Estoy sinceramente alegre, decía sir Jacobo Graham, de que haya conseguido tan gran éxito.» Los sacrificios que ha hecho por la literatura merecen un triunfo extraordinario; y cuando los hombres de Estado de su tiempo hayan sido olvidados, el historiador de la Revolución se recordará. Entre los literatos hubo algunos que sostenían que la fama de los volúmenes de Macaulay excedía á su mérito; pero sus antiguos rivales y colegas en el Parlamento, todos á la vez, se regocijaban con el próspero resultado de una empresa por cuya causa había él hecho más que lo que otros pueden jamás esperar alcanzar.

CAPITULO VIII

1848-1852

Trozos del Diario de Macaulay.—Heródoto.—Mr. Roebuck.—Zozobras y éxito.—Aparición de la *Historia*.—Marcha de la venta.—El duque de Wellington.—Lord Palmerston.—Cartas á Mr. Ellis.—Observación de lord Brougham sobre el nombre de Eurípides.—Macaulay es elegido rector de la Universidad de Glasgow.—Su discurso inaugural.—Buenos propósitos.—Croker.—El doctor Parr.—La cátedra de Historia de Cambridge.—Byron.—Viaje á Irlanda.—Althorp.—Lord Sidmouth.—Lord Thurlow.—Muerte de Jeffrey.—Retrato de Macaulay por Richmond.—Comida en palacio.—Roberto Montgomery.—Muerte de sir Roberto Peel.—El *Preludio*.—Ventnor.—Cartas á Mr. Ellis.—Plauto.—Fra Paolo.—Gibbon.—La Bula pontificia.—Muerte de Enrique Hallam.—Cartas de Porson al arcediano Travis.—Carlos Mathews.—El castillo de Windsor.—Macaulay con coche propio.—Apertura de la gran Exposición de 1851.—Cobbett.—Malvern.—Cartas á Mr. Ellis.—*Wilhelm Meister*.—La batalla de Worcester.—Palmerston deja el Foreign Office.—Macaulay rehusa un ofrecimiento del gabinete.—El palacio de Windsor.—El *Rey Juan*.—Banquete de la Real Academia.

18 de Noviembre de 1848. Albany.—Reanudo el diario de mi vida después de un lapso de más de nueve años (1). ¡Qué mudanza! Desde que escribí las últimas líneas he sido miembro de dos Parlamentos y de dos gabinetes. He publicado con éxito varios volúmenes.

(1) Bueno es recordar que cuanto cruzaba por la mente de Macaulay puede verse en su Diario. Escribió estas páginas con la espontaneidad natural en quien hace anotaciones para su solo uso y con la prolijidad propia de un hombre que, á no ser por exigencias literarias, no acostumbraba á callarse nada de lo que tenía que decir. Ya se supone, pues, que los trozos que

Me he librado del Parlamento, y vivo ahora de la manera más conforme con mi modo de ser. Hago en Londres vida de colegial, disfrutando á la vez de las delicias de la vida doméstica, porque Ana y sus hijos son seres muy queridos para mí. Tengo una fortuna desahogada. He acabado los dos primeros tomos de mi *Historia*. Ayer se mandó á América el fin, y espero que dentro de una quincena se hará la publicación en Londres. Estoy bastante satisfecho. Comparada con un ideal de perfección, la obra es un fracaso; comparada con otros libros semejantes, no puedo juzgarla así. Pronto sabremos lo que dice el público. Hoy he gozado de mi nueva libertad después de haber trabajado de firme durante tres meses en la conclusión de mi *Historia* y la corrección de pruebas. Me he levantado á las nueve y media, he leído, al almuerzo, los *Croquis de América* de Fearon, he acabado después la crítica de Luciano sobre los malos historiadores de su época, y he visto que yo salía ileso. Ellis vino á comer á las siete. Le di langosta, chocha y macarrones. Me propongo anotar las comidas como hacía el buen Pepys.

Lunes, 20 de Noviembre.—Leí á Pepys al almuerzo, y luego pasé á Heródoto y acabé Melpómene de un tirón. Salí, entré en el Athenaeum y anduve un rato por las calles; de vuelta leí Terpsicore y empecé Erato. Antes nunca había llevado á ese paso la lectura de Heródoto. Es un artista admirable en muchos sentidos; pero indudablemente su plan es defectuoso».

aquí se citan no carecerán de las cualidades que, según el juicio mismo del autor, constituyen el mérito especial de un Diario privado. En una carta fechada en 4 de Agosto de 1853 dice: «El artículo sobre la vida de Moore es malévolo; pero Moore dió sobrada ocasión para el ataque. Su Diario fué escrito evidentemente para publicarse, y eso destruye el atractivo propio de los Diarios.»

23 de Noviembre.—Hoy me ha mandado una traducción de Kant el amigo de Ellis de Liverpool. He tratado de leerla, pero me parece tan ininteligible como si estuviese escrita en sánscrito. De ninguna palabra saqué nada que se pareciese á una idea, á no ser de una cita latina de Persio. Creo que debe ser posible explicar una verdadera teoría de la metafísica en palabras que yo pueda entender. Yo puedo entender á Locke, y á Berkeley, y á Hume, y á Reid y á Stewart. Yo puedo entender las *Académicas* de Cicerón y la mayor parte de Platón, y me parece raro no poder comprender una palabra de un libro sobre los elementos de la metafísica por un comerciante de Liverpool. Le he escrito dándole las gracias con una puntita de ironía socrática.

Ha estado á verme Roebuck, y me ha hablado sobre el West Riding. Me ha pedido que presente mi candidatura. Le dije que no había que pensar en eso; que estaba decidido á no volver á hacer nunca la menor concesión al clamor fanático referente á la dotación católica. Ciertamente yo no aconsejaría al gobierno que propusiese tal dotación, pero no diría nada que tendiese á lisonjear los absurdos prejuicios que existen sobre esa materia. Le di las gracias por sus buenos deseos, y le pedí que viniese á almorzar el lunes. Se que Macculloch y Hastie han hecho una apuesta sobre la venta de mi *Historia*. Macculloch ha apostado á que se venderá más que el libro de lord Campbell. Hastie apuesta por lord Campbell. Será árbitro Green, de la casa Longman.

«*25 de Noviembre.*—He hojeado mi libro mientras me vestía, y creo que es mejor que el de Campbell, salvando todo género de respetos á la opinión de Mr. Hastie. Pero estas cosas son una lotería muy sin-

gular. Después del almuerzo fui al Museo Británico. Aquella manera de despachar asuntos es estúpido y estéril. Se perdió una hora en leer papeles inútiles. Todos los consejos de administración son malos, y este es el peor de todos. Si vivo, veré si puedo hacer aquí una reforma. De vuelta en casa he leído á Tucídides. Le admiro más que nunca. Es el gran historiador. Con los otros puede esperarse competir; con él nunca.

28 de Noviembre de 1848, miércoles.—Me ha sorprendido saber la muerte del pobre Carlos Buller. La noticia me ha cogido desprevenido. Bien puedo llorarle (1). Encuentro ejemplares de mi *Historia* sobre la mesa. Ahora pronto saldremos de dudas. He leído mi libro y el de Tucídides, el cual siento decir que me parece mucho mejor que el mío.

30 de Noviembre.—Me ha llamado Tufnell, y me ha propuesto la representación de Liskeard. Vacilé, y volví á casa, dejando en duda el asunto. Roebuck vino á verme á eso de las siete para preguntarme mis intenciones, porque también se había pensado con él. Eso me decidió enseguida; le contesté que no me presentaría, y escribí á Tufnell diciéndoselo. Roebuck se ha conducido respecto de mí en más de una ocasión con gran bondad y generosidad, y no quise interponerme en su camino.

4 de Diciembre de 1848.—Me he quedado en casa

(1) En vano buscaré en el Parlamento sus amables virtudes y sus dotes admirables. En los debates, y sobre todo al discutir esas cuestiones de política colonial que cada día adquieren nueva importancia, recordaré frecuentemente con pena cuánta elocuencia y talento, cuánta perspicacia y saber, cuántas prendas atractivas, cuántas bellas esperanzas quedan enterradas en la sepultura del pobre Carlos Buller.—Discurso de Macaulay en Edimburgo, 1852.

todo el día haciendo correcciones para la segunda edición. Shaw, el impresor, vino á decirme que corrían prisa, y que estaba casi agotada la primera edición de 3.000 ejemplares. Después he leído el octavo libro de Tucídides. En conjunto, es el primero de los historiadores. Lo bueno de él es mejor que todo lo que pueda verse en cualquiera otro. Pero las partes áridas de su obra son terriblemente áridas, y el método es malo. El simple orden cronológico no es el orden propio de una narración complicada.

Hoy he estado algo intranquilo por la suerte de mi obra. La venta ha superado á lo que se esperaba; pero eso sólo significa que el público ha formado una alta idea de lo que va á encontrar. El desencanto, si le hay, será grande. Todo lo que oigo es laudatorio. Pero ¿quién puede confiar en alabanzas expresadas delante de uno mismo? De todas maneras, yo he dirigido la mira muy alta; he procurado hacer algo que merezca recordarse. He puesto mi pensamiento con frecuencia en el año 2000 y aun en el 3000; no he sacrificado nada á las modas temporales de pensamiento y de estilo; y, si fracaso, mi fracaso será mas honroso que las nueve décimas de los éxitos que he presenciado.

12 de Diciembre de 1848.—Ha venido Longman. Están preparando lo más deprisa que pueden una nueva edición de 3.000 ejemplares. Tengo motivos para estar contento. Del *Canto del último bardo*, se vendieron el primer año 2.250 ejemplares; de *Marmión* se vendieron 2.000 en el primer mes; de mi libro 3.000 en diez días. Black dice que no se ha conocido venta semejante desde los días de *Waverley*. El éxito excede á todas las esperanzas; y no cabe cosa más lisonjera para mí, porque las esperanzas se habían puesto tan

altas, que la desilusión parecía casi inevitable. Creo, aunque no las tengo todas conmigo, que el libro vivirá. Me metí en los bolsillos dos volúmenes de Foote, y me fui á Clapham. Estaban leyendo mi obra por segunda vez. ¡Cuánto me halagó su elogio, y qué poco me importa, en comparación, ningún otro! Una tarde apacible y feliz. Mr. Conybeare opina, y Ana parece convenir en ello, que á veces repito las cosas. Sospecho que no van descaminados. Pero es muy difícil saber á qué atenerse. Si se apunta una sola vez un principio importante, los lectores torpes, que son los más, no paran mientes en él ó le olvidan. Si se repite en varios lugares, las personas de comprensión rápida creen que el escritor toca demasiado la misma cuerda. Quizá yo he pecado por carta de más. Es realmente la única crítica importante que he oído hasta ahora.

He visto la *Vida de Campbell* por un doctor Beattie: un magnífico ejemplar del zurcidor de libros de estos tiempos. Campbell puede haber escrito en toda su vida trescientas líneas buenas, más bien menos que más. Sus cartas y su conversación eran puro farrago (1). Una vida como Johnson ha escrito de Shenstone ó de Akenside hubiese sido bastante larga para el

(1) Había aquí algo de ingratitud para con Campbell, á quien Macaulay debía una anécdota que citaba á menudo para mostrar los sentimientos de que estaban animados los autores de los pasados días con respecto á sus editores. En un banquete literario Campbell pidió la palabra para brindar, y brindó por Napoleón Bonaparte. La guerra estaba en su apogeo, y la sola mención de ese nombre, á no ser acompañado de algún epíteto poco lisonjero, se miraba como un ultraje en la mayoría de los círculos. Estalló una tempestad de protestas, y á duras penas logró Campbell que se oyesen unas cuantas frases. «Señores (decía), ustedes no deben haberme comprendido. Yo convengo en que el emperador francés es un tirano. Con-

caso; pero esta consta de tres mortales volúmenes. Supongo que, si yo muero mañana, tendré tres volúmenes. Realmente empiezo á comprender por qué dice Coleridge que la vida en la muerte es más horrible que la Muerte.

He comido con miss Berry. Ella y sus comensales hicieron de mí un ídolo; pero yo sé lo que vale la idolatría de Londres y lo pronto que pasan estas modas (1).

11 de Enero de 1849.—Estoy contento de ver lo bien que sigue vendiéndose mi libro. La segunda edición de 3.000 ejemplares se agotó casi al aparecer, y ya van pedidos 1.250 de la tercera. Creo que todo esto no habrá de servir para convertirme en un fatuo. Yo no siento que se me suba nada á la cabeza; pero un hombre puede estar embriagado sin saberlo. Si mis facultades no decaen, seré rico—todo lo rico, se entiende, que yo deseo ser.—Pero eso ya lo soy, y nada ambicionaria si no fuese por los seres queridos que depen-

vengo en que es un monstruo. Convengo en que es el enemigo jurado de nuestra nación, y, si ustedes quieren, de toda la especie humana. Pero, señores, debemos ser justos con nuestro gran enemigo. No debemos olvidar que una vez mató á un librero.» Los comensales, en cuyo número había una gran mayoría que vivían de su pluma, prorrumpieron en carcajadas estrepitosas, y Campbell se sentó victorioso.

(1) «No hay nada más digno de lástima—dice Macaulay en otra parte—que un ex favorito. Londres—he pensado frecuentemente—es como la hechicera de las *Mil y una noches*, que por alguna ley misteriosa no puede amar un mismo objeto más que cuarenta días. Durante cuarenta días toda ella es pasión. En cuanto expiran, no sólo rechaza al pobre favorito, sino que le transforma en un ser despreciable—en perro sarnoso ó en caballo aquejado de esparaván.—¡Cuántos cientos de víctimas han sufrido esta suerte desde que yo he nacido! Creo que los ejemplos más notables son Betty, á quien se llamaba el joven Roscio, Eduardo Irving y Mr. Beecher Stowe.»

den de mí. Estoy contento y lo habría estado con menos. En resumidas cuentas, yo no recuerdo éxito tan completo; y eso que me acuerdo de todos los poemas de Byron y de todas las novelas de Scott.

Sábado, 27 de Enero.—Longman me ha escrito diciéndome que sólo quedan 1.600 ejemplares de la tercera edición de 5.000, y que deben imprimirse inmediatamente 2.000 ejemplares más, considerados todavía como de la tercera edición. Fui á la City para discutir el asunto, y encontré á Guillermo Longman y á Green. Me convencieron de que lo precedente era lo que me proponían; pero yo estoy casi asustado de esta extraña prosperidad. En menos de seis meses — ellos parecen darlo como cosa segura — se despacharán 13.000 ejemplares (1). Jamás había yo soñado tal cosa. Pero había creído que el libro ocuparía un puesto permanente en nuestra literatura, y no tengo motivos para variar de opinión. Sin embargo, me preocupa sobremanera la segunda parte. ¿Puede llegar á la primera? ¿Se presta el asunto á una descripción tan viva y á una narración tan animada? ¿No será el juicio del público indebidamente severo? Todo esto me inquieta. Sin embargo, hay que correr el riesgo, y cuanto puedan hacer el arte y el trabajo se hará.

2 de Febrero.—Mahon me ha escrito desde Arbutnot, diciéndome que el duque de Wellington admira mi obra con entusiasmo. Aunque ahora soy casi insensible al elogio, ese elogio me ha hecho feliz durante dos minutos. ¡Un gran viejo! Los cuákeros vendrán el lunes á las once (2). Muchos — dice Sancho —

(1) Se despacharon en menos de cuatro meses.

(2) Una comisión de la Sociedad de Amigos quiso ir á ver á Macaulay en son de protesta por su manera de tratar á William Penn en los capítulos v y viii de la *Historia*.

van por lana y vuelven trasquilados. Comí en casa de Lansdowne. Todos tan buenos y cariñosos. Lord Lansdowne se manifestó casi resuelto á asistir á la entrevista con los cuákeros; pero se abstuvo por un sentimiento de decoro. Lord Shelburne insistió tanto en venir que no pude negarme, aunque yo necesito para tal combate un auxiliar de otro temple. Vendrá Milman, si puede.

Sábado, 3 de Febrero.—Vino Longman. Trajo dos revistas que tratan de mi libro, *North British* y *British Quarterly*. Lei los dos artículos, cuando se fué. Son laudatorios con exceso. En los dos hay su punta de acíbar. Parte de las censuras son justas, pero no todas. Muchos de los elogios sé que son inmerecidos. He empezado la segunda parte. Estoy contento de ver lo bien que marchan las cosas en el Parlamento. Stanley es seguramente muy irreflexivo é inconsiderado. ¿Qué habría hecho él, á triunfar? Es un gran polemista; pero, en todo lo restante, es lo que era hace treinta años: un muchacho listo. Todo á pedir de boca en los Comunes. Excelente discurso de Palmerston. ¡Qué arte tiene para caer de pie! Después de esto, no creeré nunca que haya atolladero de donde no le saquen su destreza y su buena suerte. Y me alegro de su buena estrella con toda el alma, porque, aunque alguna que otra vez se le va el santo al cielo, es un ministro excelente, y no puedo sufrir que se le haga víctima de una mala voluntad contra potencias extranjeras.

Lord Palmerston era el estadista inglés con quien más simpatizaba Macaulay; y nunca fué más viva esa simpatía que durante la crisis por que pasaron las naciones del continente en 1848 y 1849. Su corazón estaba enteramente con el ministro que, siempre y dondequiera que se hallaban en juego los intereses de la

libertad y de la humanidad, ponía empeño en demostrar que los hombres á quienes estaba encomendado el poder de Inglaterra no manejaban en balde la pluma, ni, á ser preciso, la espada. Pero la política extranjera de Palmerston no satisfacía á algunos de sus adversarios políticos. Estos no habían podido digerir su cortesía con los gobiernos republicanos, ni le perdonaban el haber aprobado la conducta del almirante que ancló los buques de guerra británicos entre los del rey de Nápoles y las calles indefensas de Palermo. En ambas Cámaras se propuso una enmienda al mensaje representando humildemente á Su Majestad que el estado de los asuntos no era para que el Parlamento pudiese dirigirse á la corona en términos congratulatorios. Los pares, deslumbrados por la irreflexiva elocuencia de Stanley, pusieron al ministerio á dos dedos de una derrota que, dada la situación en que se hallaban los asuntos exteriores, hubiese sido una calamidad europea. En los Comunes lord Palmerston combatió la enmienda en un discurso de extratraordinaria energía, que decidió del éxito del debate (1); una proposición

(1) «Si decís que no podéis felicitarnos, yo os digo: «Aguardad á que os lo pidan.» Sería altamente inconveniente pedir á la Cámara que manifestase en este momento ninguna opinión sobre las relaciones exteriores del país... La falta de que se acusa al gobierno de Su Majestad es que no estamos en guerra con alguno de nuestros amigos. Nuestro gran delito es que hemos conservado relaciones amistosas con el gobierno republicano de Francia. Hay quienes piensan que el gobierno de una república no es buena compañía para el gobierno de una monarquía. Pero yo sostengo que las relaciones entre los gobiernos son relaciones entre las naciones á que los gobiernos pertenecen. ¿Qué tenemos que preguntar nosotros si la nación francesa considera oportuno ser gobernada por un rey, un emperador, un presidente ó un cónsul? Nuestro objeto y nuestro deber es cimentar los vínculos de amistad más estrechos entre nosotros y nuestro más próximo vecino—ese vecino, que en la guerra sería

pidiendo el aplazamiento fué desechada por 221 votos contra 80; y Mr. Disraeli, interpretando rectamente la opinión general de la Cámara, tuvo el buen acuerdo de retirar la enmienda hostil.

Domingo, 4 de Febrero.—Ayer tarde fui á Clapham. Una tarde tranquila y feliz. Esta mañana he estado en la iglesia. Me atrae la iglesia por los recuerdos del pasado; me atrae hasta la absurda ventana pintada con la paloma, el cordero, la urna, las dos cornucopias y la profusión de girasoles, pasionarias y peonías. Oí un sermón puseyita; una oratoria muy diferente de lo que yo solía oír en otro tiempo en el mismo púlpito.

5 de Febrero de 1849.—Lord Shelburne, Carlos Austin y Milman fueron á almorzar. Un almuerzo agradable. Después los cuákeros, que eran cinco. Jamás se vió derrota semejante. No tenían absolutamente

nuestro enemigo más formidable y en la paz nuestro más útil aliado...—Tal es, pues, el estado de la cuestión. Se nos imputa el grave cargo de haber permanecido en buena inteligencia con la república de Francia, y de haber contribuido así esencialmente al mantenimiento de la paz en Europa. Se nos acusa de haber puesto término á las hostilidades en el Schleswig-Holstein, que hubiesen conducido á una guerra europea. Se nos acusa de haber inducido á Austria y á Cerdeña á que depusiesen las armas, cuando sus diferencias hubiesen podido arrastrar á la lucha á las otras potencias de Europa. Se nos censura por haber evitado grandes calamidades en Sicilia y por tratar de restablecer las relaciones amistosas entre el rey de Nápoles y sus súbditos. Esos son los puntos que la Cámara está llamada á fallar en pro ó en contra nuestra. Nosotros venimos aquí como hombres que hemos trabajado asiduamente para prevenir la guerra, y para ponerla término, en cuanto ha sido posible, dondequiera que ha estallado; nosotros venimos aquí como promovedores de la paz, bajo el peso de una acusación lanzada contra nosotros por los abogados de la guerra. La Cámara decidirá entre nosotros y nuestros acusadores; yo aguardo con confianza su veredicto.»